

Julie Klassen

*Las sombras de
Swanford Abbey*



*En memoria de Katy Banton,
cuyas sonrisas, plegarias y amistad iluminaron el mundo.
1986-2020*

«La parte de la abadía donde usted se aloja está encantada».

JANE AUSTEN, *La abadía de Northanger*



«El hotel para caballeros de la calle King, en la plaza de Saint James, aprovecha la ocasión para informar a todos los nobles, señores, extranjeros y demás ciudadanos, que pueden hospedarse en un refinado alojamiento durante una noche o todo el tiempo que crean conveniente».

Anuncio del siglo XVIII en Londres



«Un gran grupo en un hotel presenta una escena de alboroto y desorden».

JANE AUSTEN, *Persuasión*



«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio».

2 TIMOTEO 1:7 N. T.

Capítulo 1

Worcestershire, Inglaterra. Marzo de 1820



La señorita Rebecca Lane se estremeció al pensar en volver a Swansford tras más de un año de ausencia, aunque en realidad su corazón nunca se marchó de allí.

En el interior del coche de postas que se iba bamboleando, imploraba para sí: «Por favor, que no haga ninguna tontería antes de que llegue».

No paraba de recordar algunas de las líneas de la última carta de su ama de llaves:

El comportamiento de su hermano es cada vez más preocupante.

Temo lo que pueda llegar a hacer.

No tendría la conciencia tranquila si aguardara más tiempo para escribirle. Rezo por no haber esperado demasiado para hacerlo.

El temor la atenazó de nuevo, igual que cuando leyó aquellas palabras por primera vez. ¿Había amenazado John con hacerse daño a sí mismo o a otra persona? ¿O qué era lo que...?

Suspiró y apoyó las sienes palpitantes contra la ventana fría y suave del vehículo. Fuera, la campiña ondulante se encontraba cubierta por la habitual neblina del mes de marzo, con sus prados salpicados de ovejas blancas y corderos recién nacidos.

Enseguida fue visible por encima de la copa de los árboles la torre de la iglesia de Todos los Santos y también la alta chimenea de la mansión Wickworth.

Rebecca señaló desde la ventana en dirección al pueblo:

—Ahí está Swanford.

A su lado, la doncella francesa dormitaba, pero *lady* Fitzhoward, su empleadora, dirigió la vista hacia donde le indicaba.

—Ah, sí. —La mujer posó la mirada sobre ella—. ¿Se alegra de volver a su hogar?

Rebecca hizo todo lo posible por dedicarle la sonrisa de rigor y asintió, aunque no puso mucho empeño en ello. Pensó: «¿Cuál es realmente mi hogar?».

Tras el fallecimiento de sus padres, la vicaría, que de todos modos nunca fue de su propiedad, pasó a manos del nuevo párroco y su familia. La cabaña del guardabosques en la que vivía su hermano pertenecía a la familia Wilford. Y, a excepción de una breve visita hacía dos Navidades, había pasado los dos últimos años rodeada de baúles y sombrereras, de una posada o un hotel a otro, como dama de compañía. Quizá con el tiempo aprendiera a ser como *lady* Fitzhoward y disfrutara de los incesantes viajes en lugar de echar de menos un hogar. Pero aún no lo había conseguido.

El coche de postas abandonó la carretera principal mientras dejaba atrás granjas, cabañas y el propio pueblo. Más adelante, surgía de entre la neblina de forma imponente, como si de una lápida antigua se tratase, la abadía de Swanford.

Antes de que la visión de la antigua abadía, transformada ahora en un hotel, lograra despertar en ella esa sensación habitual de inquietud, el vehículo pasó dando tumbos por debajo de un arco hasta el patio del establo contiguo.

Allí apareció un mozo para ayudarlas a apearse. La señorita Joly, la doncella de *lady* Fitzhoward, se despertó y fue la primera en bajar para encargarse de las pertenencias de su empleadora. La siguió *lady* Fitzhoward, apoyándose con fuerza sobre la mano del mozo hasta que su bastón tocó el suelo.

Detrás de ella, se apeó Rebecca, que preguntó:

—¿Podría dejar mi baúl con usted?

La doncella parecía molesta por la petición, pero *lady* Fitzhoward accedió.

—Sí, por supuesto. Joly se encargará de que se lo guarden.

Un anciano con una tosca vestimenta de trabajo entró al patio del establo con paso trémulo y una pala en la mano. Se detuvo, fijando unos lechosos ojos azules en *lady* Fitzhoward.

—Linda florecilla... —murmuró.

El mozo lo espantó.

Cuando se marchó, la anciana se volvió hacia Rebecca:

—Si una semana con su hermano no es suficiente, hágamelo saber. Si no estoy en el hotel, deje un mensaje en recepción. Como ya le he dicho, espero poder visitar a algunas amistades mientras estoy por la zona.

Rebecca asintió.

—Es usted muy amable. Y gracias de nuevo por cambiar sus planes para acompañarme.

Al ver que se preparaba para partir, el mozo se ofreció a pedirle un carruaje que la llevara el resto del camino.

Esta rechazó su oferta amablemente. Había más de un kilómetro y medio de distancia si cruzaba el pueblo y atravesaba el bosque hasta la cabaña. Pero hacía un día apacible y su equipaje de mano era ligero, así que decidió ir a pie.

Recuperó su maleta y la sombrero de entre la pila de equipaje, se despidió de ambas mujeres y se puso en marcha. Tras dar unos cuantos pasos, aquello empezó a pesarle, aunque aquel peso no era nada en comparación con la culpa que sentía.

Recorrió el camino de la abadía, dejó atrás la concurrida calle High y atravesó la verde plaza del pueblo, que estaba rodeada a ambos lados por cabañas con el tejado de paja. Cuando llegó a la calle de Todos los Santos, dobló hacia la derecha. Pasó por delante de las casas cuyas vigas de madera quedaban vistas, las que estaban en la calle adoquinada, y del Swan & Goose, una taberna de cuyo interior emanaba un fuerte olor a cerveza.

Cruzó el puente del río y salió del pueblo. Hubiera sido más rápido pasar por delante de la iglesia y la vicaría, pero aún no se sentía preparada para enfrentarse a aquellos dolorosos recuerdos.

Mientras seguía el río en dirección al bosque, el quejido de un niño rompió el silencio, acompañado de un llanto desconsolado. Echó un vistazo a su alrededor para intentar dar con el pequeño sufridor y, bajo un enorme roble, atisbó a un niño de unos cuatro o cinco años, con unos calzones largos de talle alto abotonados a un *blazer*. Sobre sus hombros, pequeños y temblorosos, se alzaba un cuello de camisa ancho y recargado con volantes.

Rebecca soltó sus pertenencias y corrió hacia él.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

Con los ojos llorosos y la nariz goteando, el niño señaló hacia el árbol. Allí, en lo más alto, se encontraba una cometa enganchada entre las ramas, con la cola y la cuerda enredadas entre sus nudosas extremidades.

—Cielos, qué mala suerte. —Rebecca miró a su alrededor en busca de ayuda—. ¿Dónde vives?

El niño se restregó con la manga de la camisa la nariz que le moqueaba y señaló más allá del río, a un camino angosto que conducía a la vicaría.

—¿Y estás aquí solo?

Negó con la cabeza y comenzó a llorar de nuevo.

Se les acercó una niña que parecía un par de años mayor que él y que cargaba con un palo largo.

—Calla, Colin. Ya no eres un bebé. Intentaré bajártela de ahí.

Cuando se percató de la presencia de Rebecca, la niña titubeó. Después, le explicó:

—Le regalaron esa cometa por su cumpleaños y por ser la primera vez que viste calzones. Yo tenía que ayudarle a hacerla volar, pero el viento la arrastró y no hubo manera de recuperarla.

—Entiendo. —Inspeccionó el árbol y sopesó la situación—. Subiré yo a recuperarla. —Se ofreció—. Tú quédate aquí y cuida de tu hermano, ¿de acuerdo?

La niña abrió los ojos como platos y luego observó detenidamente el impoluto vestido de viaje de aquella desconocida y el sombrero que llevaba.

—¿Está segura, señorita?

Esta asintió y se desprendió del sombrero con adornos que llevaba y que no había escogido ella sino *lady* Fitzhoward. La pluma del sombrero no serviría más que para que acabase enganchada entre las ramas. A continuación, se ató las enaguas a la altura de las rodillas para no enseñar más de la cuenta.

Volvió a mirar a su alrededor, aliviada al ver que no había nadie más que aquellos dos niños para presenciar un acto tan impropio de una dama.

Divisó la rueda rota de una carreta abandonada junto a un árbol cercano, así que la hizo rodar y la apoyó sobre su equipaje para formar una especie de escalera. La rama más baja crecía en una posición casi horizontal, para luego curvarse hacia arriba. Aquello siempre le había recordado a un elefante con la trompa en alto, como el que había

visto en el anfiteatro de Astley. La rama estaba demasiado alta como para que los niños llegasen hasta ella, pero con la ayuda de la rueda consiguió apoyar un pie sobre el hueco que se formaba entre el tronco del árbol y el inicio de la rama. Así consiguió agarrarse a ella con las manos enguantadas, se balanceó un poco y tomó impulso hacia arriba. La dura corteza del árbol le rozaba las delicadas medias, que sin duda acabarían hechas un desastre.

Desde ahí, logró enderezarse y comenzar la relativamente sencilla tarea de escalar el resto de ramas como si formaran una escalera.

Abajo, los niños aplaudían, lo que hizo que se sintiera como uno de esos artistas del Astley.

Nunca había tenido miedo a las alturas y de niña trepaba alegremente a los árboles, incluido aquel, sin importarle que las manos y las rodillas se le llenaran de arañazos. Pero ahora era una mujer a la que le faltaba práctica y que ya no tenía tan buena forma física, así que no tardó en quedarse sin aire mientras escalaba el gran roble.

Cuando ya se encontraba cerca de la cometa, se sentó en una rama que parecía cómoda y posó el botín en otra que le servía de apoyo. Entonces, comenzó la ardua tarea de desenredar la cuerda y la cola de la cometa.

Bajó la mirada hacia los niños, que la seguían expectantes. La espesura de las ramas le impedía ver a la niña, pero al niño que había llorado antes sí lo veía bien.

—¿Llega hasta ella? —le preguntó—. ¿Puede recuperarla?

De forma inesperada, se le nubló la vista y se sintió extrañamente mareada.

Aquella escena y las súplicas infantiles le resultaron demasiado familiares y la transportaron al pasado; a una vez, en la que estuvo en una postura similar y mirando hacia abajo mientras John lloraba, aunque él tenía entonces varios años más que aquel niño.

—¿Puedo subir? —le suplicó—. Por favor, solo esta vez.

Quería escalar el árbol con ella. Se lo suplicó. Sus padres le habían encargado que vigilara a su hermano pequeño, que lo mantuviera a salvo. Sabía que John era demasiado pequeño y que tenía muy poco equilibrio. Pero no dejó de suplicárselo ni de lloriquear hasta que al final cedió. Creyó que si lo mantenía cerca de ella todo iría bien. Le ayudó a subir a la rama más baja y él siguió subiendo desde ahí, sin hacer caso de sus advertencias ni de sus ruegos, pues le pedía que esperase y que no subiera más.

Con el corazón desbocado, corrió tras él. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, su hermano resbaló y cayó. Aterrizó sobre la tierra dura, y ahí se quedó, inmóvil...

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó la niña, sacándola de aquella oscura ensoñación.

—Sí, es que necesito un poco más de tiempo para desenredarla.

Le tendió la cometa, que por fin había desenganchado, hasta que al final soltó también la cuerda.

Descendió con cuidado, sentándose en la rama más baja y preparándose para saltar. De algún modo, ahora le parecía que aquella rama estaba más alta que antes.

Respiró hondo y se lanzó hacia abajo, tropezándose y cayendo al suelo. Al ponerse en pie vio la mancha que le había dejado la hierba en el vestido y maldijo para sus adentros. *Lady Fitzhoward* tenía un ojo avizor. Se inclinó e intentó limpiarse la mancha sin éxito. Con suerte, Rose le ayudaría a quitarla.

El niño se lanzó hacia ella con los brazos abiertos y la abrazó a la altura de las rodillas, con lo que a la mancha se añadieron unos cuantos mocos.

La niña le dedicó una reverencia.

—Gracias, ¿señorita...? ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Soy la señorita Lane y ha sido un placer. —Recogió sus cosas y se irguió—. ¿Puedo sugeriros que vuestra próxima aventura con la cometa sea en la plaza del pueblo?

Con una tímida sonrisa, los niños asintieron y se despidieron de ella.

Al llegar al estrecho puente, Rebecca cruzó el río y continuó por el bosque Fowler, aproximándose así a la parte trasera de la cabaña. Antaño, aquella casa con el techo de paja había sido la cabaña del guarda-bosques. Pero, en aquel momento, los Wilford solo tenían empleado a un guarda, así que les habían cedido la cabaña a John y a Rebecca en condiciones muy favorables. Allí había vivido con su hermano durante un par de años hasta que la tensión, tanto en sus finanzas como en su relación, hizo que se decidiera a buscar un empleo como dama de compañía.

Cuando llamó a la puerta, le abrió la anciana ama de llaves y cocinera, Rose Watts. Las facciones flácidas y entrañables de la mujer se transformaron en una sonrisa nada más verla.

—¡Señorita Rebecca! Qué sorpresa tan agradable. Gracias a Dios.

—¿La he sorprendido, Rose? —Rebecca sintió de repente cierta inseguridad—. Escribí a casa y le pedí a John que la informara de mi llegada. Tal vez no haya recibido mi carta.

La mujer dirigió la vista hacia una cesta que se encontraba sobre el aparador, llena a rebosar de periódicos y correspondencia.

—O puede que se encuentre en esa pila. —Rose volvió a mirarla—. ¿Recibió usted mi carta?

—Sí, por eso estoy aquí. ¿Está John en casa?

—Claro que está aquí. Siempre está en casa.

Rebecca recorrió con la mirada el comedor y la sala de estar comprobando que allí no había nadie.

Rose suspiró.

—Está en su habitación. Probablemente siga dormido.

—¿Dormido? Pero ¡si son más de las tres de la tarde!

El rostro arrugado del ama de llaves adoptó una expresión extraña, entre una disculpa y una mueca de sufrimiento.

—Como le dije, se pasa toda la noche despierto, caminando de allá para acá y hablando solo. Luego duerme durante todo el día. Y cuando intento hablar con él al respecto, se enfada muchísimo.

La joven fue a llamar a la puerta del dormitorio de su hermano.

—¿John? Soy Rebecca. He vuelto.

No obtuvo respuesta. Se quitó el sombrero y los guantes y volvió a intentarlo. Siguió sin contestarle.

Para distraerse y no dejarse llevar por la alarma, recorrió el pasillo hasta el cuarto de invitados, que era donde solía dormir, con la intención de deshacer su equipaje. Abrió la puerta y se quedó paralizada. La habitación era un completo desastre. Entre la puerta y la cama había una mesita desordenada, sobre la que yacía una pila enorme de fajos de papeles, tan alta como la cama. De un cordel, que atravesaba toda la habitación, colgaban varias páginas. Había libros de consulta, tinteros, velas gastadas, tazas de café, platos, ropa vieja amontonada e incluso la viola de John, que, por lo que sabía, hacía años que no tocaba, dispersos por la mesita de noche y el arcón.

Rose se detuvo en el umbral de la puerta, detrás de ella.

—Lo siento, señorita. Está usando esta habitación como una especie de despacho y almacén. Si hubiera sabido que venía, le habría pedido que la recogiera o lo habría hecho yo misma. ¿Qué va a pensar de mí? En mi

favor debo decirle que su hermano me ha mantenido ocupada pasando a limpio su nuevo manuscrito.

—Lo comprendo. —Rebecca señaló las páginas que colgaban del cordel—. ¿Y qué hace eso ahí?

—Creo que se le derramó algo por encima las tendió para que se secaran.

—Ya veo. Entonces... dormiré en el sofá esta noche y ya lo solucionaremos mañana.

—Muy bien. Acompáñeme a la cocina. Tengo otra cosa que contarle. Rebecca tomó el té con Rose en la desvencijada mesa de madera.

—Desde que le escribí —comenzó la anciana— me he enterado de que cierto escritor, ya sabrá a quién me refiero, ha reservado una habitación en el Hotel Swanford Abbey. Me lo dijo la propia Cassie Somerton, que trabaja allí como criada. Llegó anoche y la noticia se está extendiendo como la pólvora por el pueblo. Me preocupa lo que pueda hacer John.

Rebecca asintió, embargada por una nueva oleada de pavor. ¿Qué hacía ese hombre en Swanford?

Mientras se terminaban el té, llegó el administrador de los Wilford y, de nuevo, intentó despertar a su hermano.

—¿John? —susurró a través de la puerta—. El señor Jones ha venido para cobrar el alquiler. ¿John?

En el recibidor, el imperturbable administrador cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No importa, señorita. No quiero arruinar su regreso a casa. Volveré en otro momento.

Con el rostro enrojecido por la vergüenza, le respondió:

—Gracias, señor Jones. Lamento las molestias.

Más tarde, cuando Rose comenzó a servir la comida en la mesa del comedor, volvió a intentarlo:

—¿John? La cena está casi lista. Acompáñanos, por favor.

Nada. Apoyó la frente contra la madera maciza y continuó en un tono lastimero:

—¿John? Responde, por favor. Estoy comenzando a preocuparme.

Acabó regresando a la cocina.

—Usted tenía una llave de ese dormitorio, ¿no es así?

Rose asintió mientras llenaba la salsera.

—La utilicé una vez, al ver que no me respondía, pero al hacerlo montó en cólera y me advirtió que no volviera a hacer eso nunca más.

Rebecca alzó la barbilla.

—Pero a mí no me ha advertido nada.

Rose desenganchó la llave de la *châtelaine* que llevaba en la cintura y se la entregó con semblante preocupado. No podía culparla, ella también estaba preocupada. Se le pasó por la cabeza que su hermano pudiera haberse hecho daño a sí mismo.

Recorrió el pasillo, inspiró hondo e introdujo la llave en la cerradura. Entonces, empujó la puerta para abrirla. Los goznes chirriaron en señal de protesta.

Allí estaba, con los ojos cerrados, medio vestido, desaliñado, tirado entre una maraña de ropa de cama revuelta, papeles arrugados, tazas de té, botellas vacías de *whisky*, otras botellas marrones más pequeñas de aspecto sospechoso y platos con restos de comida. El aire en el interior estaba enrarecido, hedía a sudor y carne en mal estado.

—¿John? —Rebecca arrugó la nariz.

No reaccionaba. El corazón comenzó a latirle desbocado.

—¡John! —repitió con rotundidad, abriéndose paso entre el desorden para llegar hasta la cama y sacudirle el hombro.

Entonces su hermano abrió los ojos.

—¿Qué? —dijo con cara de disgusto y confundido—. ¿Becky? ¿Qué haces aquí? Déjame en paz.

La joven quiso gritarle: «¿Qué mosca te ha picado?», pero el nudo que se le formó en la garganta se lo impidió. Sabía bien qué le pasaba, más o menos. Nunca había estado del todo bien desde que se cayera de aquel árbol. Había sufrido una conmoción cerebral que lo había dejado confundido, apático y con un humor cambiante. Y aquello había ido a peor en los últimos años, pues se había agravado por la depresión y por beber demasiado.

¿Y la causa?

Sabía muy bien cuál era.



La mirada de Frederick Wilford recorrió el espacio de la sala de estar hasta el pasillo. Dondequiera que mirase, los muebles, espejos y relojes

silenciosos se encontraban cubiertos por unas finas sábanas blancas... y llevaban así dos años.

«¿Es que nunca seré capaz de dejar el pasado atrás?», se preguntó. «¿De perdonarla... y perdonarme a mí mismo?».

Un martilleo que procedía del piso de abajo parecía estársele metiendo en la cabeza. Se masajeó las sienes, pero nada, seguía ahí.

La puerta principal se abrió de golpe. El recién llegado no se molestó en llamar.

—¿Freddy? ¡Estoy aquí!

Se acercó hasta el recibidor para saludar a su hermano pequeño, que vivía en Londres, pero que le visitaba cada año por Navidad y en su cumpleaños.

Thomas, apuesto y rubio, soltó su equipaje y le entregó su gabán al lacayo que acababa de aparecer.

Frederick miró detrás de él, esperando encontrar a su ayuda de cámara.

—¿No has traído a tu hombre contigo?

—No, el pobre desgraciado se marchó para casarse. —Miró a su alrededor, con los ojos bien abiertos—. ¿Lo sigues teniendo todo así, tapado con sábanas? De verdad, Freddy, esto parece un mausoleo.

—Buenos días a ti también, Tom. Bienvenido a casa.

Thomas meneó la cabeza.

—Wickworth lleva sin ser mi casa desde hace siglos, gracias a Dios. ¿Quién querría vivir aquí? ¿Fantasmas? Desde luego, porque alguien de carne y hueso, no.

—Sabes bien por qué está todo así. Estamos de reformas.

—¿De veras? Creía que las habías parado tras la muerte de Marina. Después de todo, las reformas fueron idea suya.

—He parado las obras en este piso. Por ahora, los hombres están trabajando en el piso de arriba, terminando los cuartos de invitados.

—Señaló detrás de él—. Pero no puedo dejar para siempre el enorme agujero que hay entre la biblioteca y la sala de estar.

A su hermano le brillaron los ojos.

—¿Cómo si fuera una herida abierta que se niega a cerrarse?

Frederick frunció el ceño.

—Escucha, no puedo alojarme aquí otra vez — anunció Thomas—. No con este olor a pintura y todo este polvo flotando alrededor. En Navidad

me fui de aquí con una tos ronca. Alojémonos en la abadía. Será un regalo de cumpleaños para ti y unas pequeñas vacaciones para ambos. ¿Qué me dices?

Arriba se reanudó el martilleo, con lo que el dolor de cabeza de Frederick empeoró.

—Vamos —Thomas intentaba convencerle—, de todas formas vas a celebrar allí la reunión para lo del canal. Además, ¿cuándo fue la última vez que pasaste un par de noches lejos de aquí?

«Y de los recuerdos que este lugar encierra...», añadió Frederick para sí.

—De acuerdo. Habrá que ver si les quedan habitaciones libres.

Thomas sonrió de oreja a oreja.

—Excelente. No te arrepentirás. Será una grata experiencia.

Frederick tenía sus dudas.



Por la mañana, mientras Rebecca seguía dormida en el sofá de la sala de estar, su hermano abandonó impetuosamente su habitación con un montón de papeles en la mano.

—El destino ha querido que estés aquí, Becky.

Se despertó sobresaltada y observó con detenimiento el aspecto desaliñado y la mirada enfermiza de su hermano.

—¿Es que no has dormido nada?

John negó con la cabeza. El cabello, oscuro y grasiento, le caía por la frente.

—He estado trabajando y pensando toda la noche, y he tomado una decisión. Eres la persona idónea para hacer entrega de mi nuevo manuscrito.

Rebecca se sintió confusa.

—¿Qué?

—He intentado enviárselo a otros editores directamente y todos lo han rechazado. La mayoría sin ni siquiera leerlo. «Correo devuelto al remitente». La única oportunidad que tengo es que Oliver se lo recomienda a su editor.

Rebecca consiguió sentarse a duras penas.

—Pero ¿crees que lo haría? Teniendo en cuenta vuestro pasado.

—Rose me ha pasado una copia a limpio. No tiene por qué saber que es mío hasta que se lo entregue a su editor. Usaremos un seudónimo.

Rebecca meditó el plan y frunció el ceño.

—¿Estará el señor Edgecombe también en el hotel? Ese día me vio y...

—Se detuvo. No quería recordarle a John aquella desagradable escena. Lo que le dijo, fue—: ¿Tal vez pueda entregarle el manuscrito directamente a él?

Su hermano negó con la cabeza.

—William Edgecombe falleció hará cosa de un año. Su hermano Thaddeus se ha hecho cargo del negocio y tampoco acepta manuscritos no solicitados.

—Entonces, ¿no sería mejor apelar a la compasión del señor Oliver? ¿Recordarle lo que te debe?

John se sentó en el sofá, cerca de sus pies.

—No, Becky. No menciones mi nombre. Eso provocará que se ponga a la defensiva. Seguramente hasta lo queme por despecho.

—O te lo robe —murmuró Rebecca.

—Tal vez. Pero si quiero poner en riesgo mi propio trabajo, eso es cosa mía. —Le brillaron los ojos—. Y si quiere volver a robarme, esta vez estaremos preparados. Tenemos una copia y Rose la ha leído. Quizá quieras leer un par de capítulos, algo que no hiciste la otra vez. Así no sería mi palabra contra la suya.

Rebecca sintió una punzada de remordimiento. El golpe que se había llevado su hermano al caerse del árbol no era el único del que se sentía responsable.

—No me queda otra —prosiguió, elevando la voz—. Es la única manera.

Rebecca no confiaba en Ambrose Oliver y no podía creer que su hermano lo hiciera.

—No creo que sea buena idea... —dijo, moderando el tono de voz.

—¡Basta! —la interrumpió John—. No hables de cosas que no entiendes. Yo sé mucho más que tú sobre el mundo editorial.

Rebecca se mordió la lengua para no responderle, siendo consciente de que aquel era uno de sus típicos ataques de ira.

«Ay, John». No podía estar pensando de forma racional. ¿Volvería algún día a estar bien mentalmente? ¿A sentirse en paz?

Posó una mano sobre la manga arrugada de la camisa que llevaba su hermano.

—Debes perdonarle, John, por tu propio bien. La amargura te consume.

El hombre frunció el ceño.

—¿Perdonarle? Me robó. Arruinó mis posibilidades y mi nombre. Me llamó mentiroso. Debería ser yo quien le amenazara con una demanda por difamación y no al revés. Y lo haría... si tuviera más pruebas o dinero para un abogado de más prestigio.

Rebecca suspiró. Ya había oído aquello muchas veces.

—No quiero irme —le dijo—, acabo de llegar. Y quiero ayudar...

—Me ayudarás más si te quedas en el hotel de la abadía —insistió—. Aquí ya tengo a Rose. No necesito tener a dos mujeres regañándome en lugar de una. Y llévate tus cosas. Puede que te cueste unos días poder hablar con él.

—John, una mujer soltera no puede alojarse sola en un hotel.

—¿No se hospeda allí tu querida *lady* Fitzhoward?

—No estoy segura. Me dijo que iba a visitar a unos amigos.

John se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no hay por qué ser quisquillosos. No se trata de un club de caballeros londinense. Hablamos del Hotel Swanford Abbey... Es un sitio perfectamente respetable.

Observó a su hermano, con otro reproche en los labios, pero antes de darle la oportunidad de responderle, la miró a los ojos y le imploró:

—Por favor, te lo suplico. Ayúdame, Becky.

En ese momento volvió a ver al pequeño John, subiéndose a su cama, con el cabello alborotado y un libro en la mano: «Por favor, Becky, léeme un cuento».

Respiró hondo y le contestó:

—Me lo pensaré. —Tendió la mano hacia las páginas, pero John las apartó.

—Estas no. Las ensuciarás. Si quieres, lee mi copia. Aunque no es que alguna vez te haya importado mi trabajo...

El estómago le dio un vuelco al sentir aquella culpa tan familiar junto con una gran inquietud. ¿Qué debía hacer?

Solo quería que su hermano volviera a ser el de antes, pero temía que John se hubiera perdido para siempre.



Rebecca se puso las gafas y leyó un par de capítulos del borrador de John. Le parecieron bastante buenos. Luego, los dejó a un lado para vestirse. Fue a la cocina y encontró a Rose inclinada sobre un libro de contabilidad doméstica.

La cocinera y ama de llaves levantó la mirada sacudiendo la cabeza, compungida.

—Voy tan atrasada con la contabilidad como con las tareas del hogar. Rebecca se sentó frente a ella.

—John me ha pedido que lleve la copia que hizo de su manuscrito al señor Oliver.

Rose asintió.

—Lo he oído.

—Me parece una pérdida de tiempo, además de inapropiado. No sé si debería siquiera intentarlo.

Rose alzó una mano venosa y áspera que le puso bajo la barbilla.

—Si eso es lo único que quiere, dele el gusto. Además, es mejor que lo haga usted a que lo haga John. Lo ideal es mantenerlo alejado del hotel hasta que Ambrose Oliver se marche.

Tenía razón, pero lo último que Rebecca quería era tener que entrar en Swanford, un lugar que había evitado desde la niñez.

Tras dejar escapar un suspiro de resignación, se apresuró a volver a hacer su equipaje. Cuando acabó, echó un vistazo por la sala de estar por si se había olvidado de algo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el retrato de la familia Lane no seguía colgado sobre la chimenea. ¿Lo habrían movido Rose o John por algún motivo?

Se acercó a la repisa y vio que alguien había dejado ahí tres bocetos, malos y chapuceros, pero que apreciaba. Los había dibujado su madre desde el jardín de la vicaría. El primero mostraba la puerta principal de la vicaría y el porche inclinado, con la madreselva trepando por sus columnas. En el segundo, había dos niños jugando con una pelota. Sabía que debían de ser John y ella, aunque el sencillo dibujo no guardaba parecido con ellos. En el tercero, aparecía un hombre vestido de negro, su padre, de pie tras el viejo rosal, que le recordó a las flores de invernadero que había dejado sobre sus tumbas la última vez que había estado en casa.

Volvió a levantar la mirada hacia el hueco vacío de la pared. Los bocetos eran especiales porque los había hecho su madre, pero no podían

sustituir al retrato pintado por un profesional en el que salían sus padres, John de niño y ella.

Rose pasó por allí con la escoba.

—Rose, ¿dónde está el retrato familiar?

El ama de llaves vaciló. Las arrugas del rostro se le pronunciaron aún más al hacer una mueca.

—Ya no está. John lo vendió.

A Rebecca se le cayó el alma a los pies.

—¿Lo vendió? ¿Por qué?

—Necesitaba el dinero. O al menos, lo quería.

—Pero ¿quién iba a querer comprar nuestro retrato familiar?

—No lo sé. ¿El artista era alguien famoso?

Rebecca se encogió de hombros.

—Creo que lo pintó Samuel Lines. O uno de sus aprendices. Era muy pequeña por aquel entonces. —La traición provocó que le hirviera la sangre—. ¡No tenía ningún derecho a venderlo!

—Entiendo su enojo, querida. Pero hágame caso, no es algo por lo que merezca la pena que pierda a su único hermano. La familia que le queda viva es más importante que cualquier retrato.

Rebecca cerró los ojos con fuerza e inspiró temblando.

—Supongo que tienes razón. Pospondré abordar el asunto con John. Antes tenemos que lidiar con algo más apremiante.